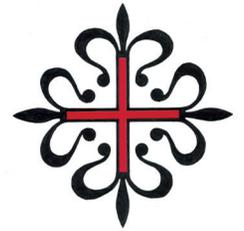


EL CASTILLO Y SACRO CONVENTO
DE LA ORDEN DE MONTESA
HISTORIA Y ARQUITECTURA

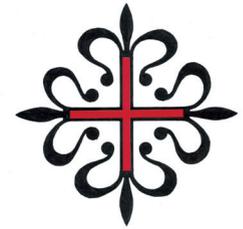


JOSEP CERDÀ I BALLESTER
JUAN CARLOS NAVARRO FAJARDO



EDITORIAL
UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

EL CASTILLO Y SACRO CONVENTO
DE LA ORDEN DE MONTESA
HISTORIA Y ARQUITECTURA



JOSEP CERDÀ I BALLESTER
JUAN CARLOS NAVARRO FAJARDO



EDITORIAL
UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

La realización de esta obra ha contado con el apoyo de la Orden de Montesa, el Ayuntamiento de Montesa y los proyectos de investigación: «Nuevas perspectivas de historia social en los territorios hispánicos del Mediterráneo Occidental en la Edad Moderna» (HAR2014-53298-C2-1-P) y «Trazas y monteas de la arquitectura valenciana. Bóvedas del siglo XVII» (HAR2012-32353), financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad



Orden de **Montesa**



Ajuntament de **Montesa**



Cátedra UNESCO
Forum Universidad
y Patrimonio

Autores

Josep Cerdà i Ballester
Juan Carlos Navarro Fajardo

Edición

Editorial Universitat Politècnica de València

Imagen de portada

Castillo-convento de Montesa. Tinta y aguada (Juan Carlos Navarro Fajardo)

© de los textos y las imágenes: sus autores

© 2017, Editorial Universitat Politècnica de València

distribución: Telf.: 963 877 012 / www.lalibreria.upv.es / Ref.: 0561_05_01_01

Diseño y maquetación

Enrique Mateo, Triskelion diseño editorial.

ISBN: 978-84-9048-564-4

Depósito Legal: V-2501-2017

La Editorial UPV autoriza la reproducción, traducción y difusión parcial de la presente publicación con fines científicos, educativos y de investigación que no sean comerciales ni de lucro, siempre que se identifique y se reconozca debidamente a la Editorial UPV, la publicación y los autores. La autorización para reproducir, difundir o traducir el presente estudio, o compilar o crear obras derivadas del mismo en cualquier forma, con fines comerciales/lucrativos o sin ánimo de lucro, deberá solicitarse por escrito al correo edicion@editorial.upv.es.

Impreso en España

AGRADECIMIENTOS

Como muchas otras obras, este libro ha contado con el apoyo de algunas personas que, por amistad con sus autores, han ofrecido sus posibilidades y resuelto algunas dudas. En primer lugar, queremos expresar nuestra gratitud al Departamento de Historia Moderna de la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València, que desde 2005 atiende, como personal investigador, las inquietudes de unos de los autores. Ello ha permitido el traslado y consulta a los distintos archivos, en particular al Archivo Histórico Nacional de Madrid, donde ha podido recabarse parte de la información que hemos utilizado, evidentemente no centrada de forma exclusiva en el castillo.

Concretando en algunos otros colegas o amigos, queremos expresar nuestro agradecimiento, en primer lugar, a Fernando Andrés, que desde la Universidad Autónoma de Madrid revisó el texto, aportó sugerencias y escribió el prólogo. Desde Valencia y su *Estudi General* hizo lo mismo el profesor Mateu Rodrigo, tan versado en heráldica y otras materias. Otra universidad, la Politécnica de Valencia, tendió su brazo no solo con la edición de esta obra, sino también con la ayuda que nos prestó uno de sus docentes, Vicent Guerola, gran conocedor de la cerámica de épocas pasadas.

Por otra parte y fuera del ámbito docente, encontramos personas que se ofrecieron de forma incondicional. Confesamos nuestra predilección hacia Analía Juan –hoy felizmente alcaldesa de Montesa–, que posibilitó tantas veces el acceso al castillo y permitió el traslado de algunas piezas arqueológicas depositadas en la fortaleza a las dependencias del Museu Parroquial para su catalogación y estudio, un trabajo en el que se implicó Óscar Palazón y al que aportó medios y esfuerzo. Y cómo no, a la entonces secretaria del Ayuntamiento de Montesa, Mercedes Estellés, que generosamente prestó su colaboración en las labores de investigación.

José Luis Juan tuvo la paciencia de realizar algunas de las fotografías que ilustran este libro, mientras que otro amigo, Juan Carlos Izquierdo nos hizo –otra vez– el mapa del señorío que acompaña el texto. Por su parte, José Aurelio Pelejero aportó todo lo concerniente a Vallada, Josep Lluís Cebrián la reconstrucción del retablo atribuido a Miquel Esteve, mientras que Noelia Hernández nos ofreció diversas reseñas de hemeroteca. Y Óscar Molero, máster en conservación del patrimonio arquitectónico, que ha sabido dibujar con ordenador, con sumo rigor, los espacios del castillo-convento.

A todas ellas y todos ellos, muchísimas gracias.

LOS AUTORES

Josep Cerdà i Ballester es doctor en Historia por la Universitat de València y forma parte, desde 2005, de los equipos de investigación del Departamento de Historia Moderna de dicha Universidad. Sus trabajos se han centrado en el estudio de la Orden de Montesa y en la conservación, restauración y difusión del patrimonio artístico vinculado –o no– con la Orden.

Juan Carlos Navarro Fajardo es doctor en Historia del Arte por la Universitat de València, arquitecto técnico e ingeniero de edificación. Profesor del Departamento de Expresión Gráfica Arquitectónica de la Universitat Politècnica de València, ha sido investigador principal de proyectos de I+D+i sobre caracterización de bóvedas de la arquitectura histórica en el Instituto de Restauración del Patrimonio de la UPV. Es autor de diversas publicaciones sobre arquitectura de época medieval y moderna valenciana, y responsable de Patrimonio Cultural del Ayuntamiento de Alfafar (Valencia).

PRÓLOGO	xi
INTRODUCCIÓN	3
I. HISTORIA	13
I.01 BREVE HISTORIA DE MONTESA.....	13
I.02 FUNDACIÓN DE LA ORDEN DE MONTESA.....	25
Territorio.....	29
Los miembros de la Orden: caballeros y religiosos	32
Vivir y morir en el castillo-convento	35
I.03 EL FINAL DE UN SÍMBOLO: LOS TERREMOTOS DE 1748	47
I.04 DESPUÉS DEL TERREMOTO	56
I.05 HACIA UNA LENTA RECUPERACIÓN	67
II. ARQUITECTURA	79
II.01 EL CASTILLO-CONVENTO SEGÚN LAS CRÓNICAS.....	79
Entrada y puente.....	82
Horno y aposento del portero	88
Aposentos del maestro de la Orden	89
Sacristía y librería	91
Refectorio.....	94
Reloj.....	95
Cocina	95
Torre y cárceles	96

Dormitorio	97
Habitaciones de los caballeros o comendadores y del subclavero	98
Tinell y reposte o despensa.....	99
Bodegas.....	99
Cisternas.....	101
Archivo.....	102
Aposento de las medicinas	103
Enfermería	103
II.02 LA IGLESIA	105
II.03 EL CLAUSTRO	123
Tipología.....	124
Las bóvedas	128
Las capillas del claustro.....	130
II.04 LA SALA CAPITULAR.....	141
La reconstrucción. La sala capitular 260 años después	150
II.05 LA PORTADA TARDOGÓTICA.....	155
II.06 LA PORTADA RENACENTISTA DE FREY FRANCESC LLANÇOL DE ROMANÍ	169
II.07 EL RENACIMIENTO EN ALGEPS.....	175
La bóveda nervada	175
Techo con revoltones	182
II.08 LOS PLANOS DEL CASTILLO DEL SIGLO XVIII	189

III. PATRIMONIO DISPERSO. CATÁLOGO RAZONADO	201
III.01 MONTESA	201
Museu Parroquial	201
Depósito del Ayuntamiento.....	227
Iglesia Parroquial	234
Sala capitular y claustro	236
Casas particulares	239
III.02 VALENCIA	258
Convento e iglesia de la Orden de Montesa en Valencia -Temple-	258
Palau de la Generalitat	264
Palacio Arzobispal	268
Museo Catedralicio Diocesano.....	274
Museo de Bellas Artes.....	276
III.03 MADRID	278
Museo Nacional del Prado	278
Archivo Histórico Nacional.....	281
III.04 CERÁMICA	287
Cerámica dispersa.....	287
III.05 PIEZAS DESAPARECIDAS	313
III.06 GRABADOS Y DIBUJOS	317
Grabados y dibujos del castillo.....	317

REFERENCIAS ARCHIVÍSTICAS Y BIBLIOGRÁFICAS	327
Manuscritos.....	327
Bibliografía.....	330
Artículos de prensa.....	344
EPÍLOGO	349

PRÓLOGO

Los visitantes de los que fueron castillos-conventos de las órdenes militares peninsulares, tanto españolas como portuguesas, tienen todavía hoy la posibilidad cierta de formarse una idea de las particulares características de aquellos impresionantes complejos monumentales. En Calatrava la Nueva, en Alcántara, en San Marcos de León, en Uclés; en Tomar, en Palmela, en Avis. Casi todos sitios en emplazamientos de enorme importancia estratégica, sobre privilegiadas atalayas. Construidos en la Edad Media según avanzaba la llamada Reconquista, a menudo sobre anteriores fortalezas musulmanas. Y reformados después, mientras siguieron teniendo en parte el uso para el que habían sido concebidos, durante el conjunto de la Época Moderna. Normalmente resultaron deteriorados tras la excomunión y las diversas desamortizaciones en el siglo XIX. Pero todos los citados pudieron, sin

embargo, ser relativamente recuperados después en mayor o menor medida y merecen ser contemplados.

También lo merece, desde luego, el de Montesa, que como los demás se ubica en un otero excepcional, dominando el valle del mismo nombre. Dominio del rey en un principio, fue donado por Jaime II para convertirse en la sede de la Orden de Santa María de Montesa, fundada en el Reino de Valencia a comienzos del siglo XIV bajo la regla de Cister y filiación de Calatrava. Pero con una notable diferencia, por todos bien conocida. El 23 de marzo de 1748 la tierra tembló. En el castillo-convento murieron veintidós personas entre religiosos, criados y un par de visitantes ocasionales. El 2 de abril una violenta réplica consumó la destrucción, que fue total. La comunidad que quedó se alojó provisionalmente en una hacienda próxima –la todavía conocida

como *Casa dels frares*– hasta su traslado definitivo a la ciudad de Valencia. Pasado algún tiempo, tal vez dos o tres años, durante los que los monjes supervivientes trataron de rescatar lo que pudieron de entre las ruinas, el lugar se abandonó casi por completo para convertirse –lo sería durante siglos– en yacimiento de materiales de construcción hasta quedar arrasado, salvados tan solo algunos muros que, pese a todo, le siguen confiriendo en la distancia una indiscutible majestuosidad no exenta de un cierto halo mágico.

Solo desde la década de 1990 se habría comenzado a acometer con ciertos medios, aunque muy limitados, la ingente tarea de tratar de preservar lo poco que restaba del complejo, con obras de consolidación e incluso puntuales actuaciones de reconstrucción, caso de la sala capitular. Antes, apenas nada: la continuación del traslado de algunas piezas singulares todavía no expoliadas, algunas de las cuales desaparecieron (1861 y 1916), el reconocimiento de las ruinas como monumento arquitectónico-artístico (1926), su reivindicación

en la irregular obra de Vicente Ferrán y Salvador publicada en aquel mismo año, y trabajos de limpieza y desescombro dirigidos por Manuel Ballesteros Gaibrois desde finales de la década de los cuarenta. Sí resulta destacable la recuperación por el Ayuntamiento de Montesa de la propiedad del castillo tras largo proceso finalizado en 1970, después de que estuviera largo tiempo en manos privadas tras ser desamortizado.

Balance, en suma, en extremo precario. De ahí la importancia de este libro, que, si se permite la expresión, *resucita* el conjunto monumental. Lo hace, por supuesto, de la única manera que es posible hacerlo. En primera instancia, con un estudio de los vestigios. De todo tipo de posibles huellas: tanto fuentes históricas originales, manuscritas e impresas –muchas más de las primeras–, como vestigios materiales, ya sean estos exquisitas piezas artísticas –que desde luego las hay–, ya sillares de rica labra, ya humildes azulejos. Para después, a partir de los vestigios, ensayar la recreación de lo que el castillo-convento pudo ser.

El estudio de los vestigios materiales, sistemático y exhaustivo, dispuesto al final de la publicación, ofrece como resultado un nutrido catálogo que devendrá obra de referencia sobre el particular. Seguramente, para siempre. El lector disfrutará más, sin embargo, los apartados dedicados a la historia del monumento, en particular a lo ocurrido en la oscura y larga etapa que media entre el terremoto y finales del siglo XX y, sobre todo, la recreación del conjunto monumental a partir de las descripciones que de él dejaron las crónicas redactadas en sus tiempos de plenitud. La combinación entre esas fuentes, un preciso y trabajado reconocimiento sobre el terreno y el análisis de las piezas que todavía es posible contemplar permite imaginar, acercarse mucho, a lo que pudo haber sido el complejo monástico-palaciego.

Al logro de los objetivos debe mucho la complementariedad del tándem que han formado los dos autores que firman el libro. Un historiador, Josep Cerdà y Ballester, natural de Montesa y el más activo y capaz reivindicador de su rico patrimonio. Y un historiador de

la arquitectura, Juan Carlos Navarro Fajardo, cuya trayectoria evidencia un profundo conocimiento del arte medieval y moderno del antiguo Reino de Valencia, en particular del de impronta eclesiástica. La combinación de los conocimientos de ambos rinde un espléndido producto. Cerdà, por cierto, con señalada inquietud por las manifestaciones artísticas de la historia, es el mejor conocedor de la documentación de la Orden de Montesa en la Época Moderna que se conserva en su mayor parte en Madrid, en el Archivo Histórico Nacional, y en menor medida en la Real Academia de la Historia y el Archivo del Reino de Valencia. Le dedicó muchos años cuando la elaboración de su tesis doctoral sobre los miembros de la institución. Nadie como él podría haber rescatado las *relaciones* que describen el castillo-convento, normalmente insertas en visitas de inspección giradas por caballeros y religiosos calatravos en el siglo XVI. Un magnífico complemento lo constituyen los diversos planos levantados en el siglo XVIII. En cuanto a Navarro, su amplio dominio del contexto, en particular de la arquitectura de la misma época y territorio que sí se ha conservado, le ha

permitido, en un estupendo ejercicio de metodología comparada, no ya imaginar, sino deducir, desde los vestigios, la forma y características de las construcciones que albergó el complejo.

Remata el conjunto un generoso aparato gráfico. En parte inventario, con excelentes fotografías. En parte, sin duda la más jugosa y original, con las proyecciones que ha sido posible elaborar y que nos acercan, mucho mejor que nunca antes se había hecho, a concebir y prácticamente a contemplar la magnificencia que debieron exhibir las más características edificaciones del castillo-convento sede de la orden militar valenciana.

Durante las últimas décadas la dedicación de los historiadores a las órdenes militares ha permitido revisar la significación e importancia de aquellas instituciones en el entramado político y en las sociedades de las épocas medieval y moderna. Esta nueva entrega descubre una Montesa con un legado artístico y monumental de extraordinaria importancia.

Benicàssim, agosto de 2017
Fernando Andrés Robres
Universidad Autónoma de Madrid



Moutner delincavit

Cuarter aqua forti

Dequevauiller Sculptor

Vista de MONTESA.

Vue de MONTESA.

View of MONTESA.

INTRODUCCIÓN

Han pasado 91 años desde que Vicente Ferrán Salvador, caballero de la Orden de Calatrava, escribiera la última monografía descriptiva del castillo-convento de Montesa. La primera página de la obra la preside una fotografía de cuerpo entero del rey Alfonso XIII con el hábito de Gran Maestre y Administrador Perpetuo de la Orden de Montesa y las otras órdenes militares: Santiago, Calatrava y Alcántara.

Desde aquellas fechas han sido numerosos los distintos estudios y trabajos de investigación dedicados a la historia del castillo de Montesa, bajo puntos de vista dispares. También se han realizado diversas campañas arqueológicas y obras de restauración que han ido exhumando, poco a poco, numerosos vestigios que tienen un especial valor como fuentes para la historia. A todo ello se ha sumado el creciente interés por el conocimiento del mundo medieval y de sus apasionantes historias relacionadas con las órdenes militares, y más cuando tienen algo que ver con la desaparecida y mítica Orden del Temple.

Tampoco debemos olvidar una importante efeméride. El 10 de junio de 1317 el Papa Juan XXII promulgó la bula fundacional de la Orden de Montesa, por lo que en 2017 se cumplen siete siglos desde su creación. La nueva orden fue dotada con los bienes que templarios y hospitalarios poseían en el Reino de Valencia, además de la villa de Montesa.

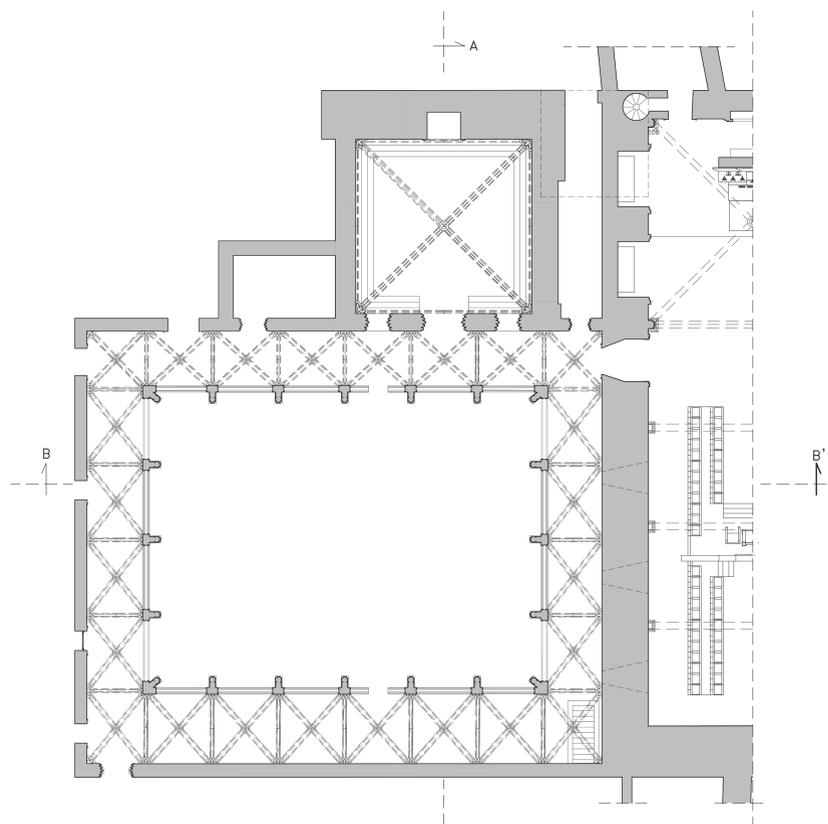
A primera vista, el castillo de Montesa se percibe como una ruina romántica, evocadora de su glorioso pasado, donde apenas se atisba su forma y aspecto original. Las edificaciones que configuran la fortaleza tan solo mantienen –y no todas– su huella sobre el terreno, con la excepción de la recientemente reconstruida sala capitular, que nos ofrece una visión cuasi original de lo que fue, recuperando al menos el volumen interior con sus formas y proporciones. Por ello, parece lógico que se intente plasmar en el papel lo que en su tiempo fue el castillo-convento de Montesa.

Por una parte se han elaborado planos que toman como base el correspondiente levantamiento fotogramétrico realizado



para la ocasión, documentos sumamente precisos a nivel planimétrico. En estos planos las ruinas ofrecen información de ejes estructurales y contornos perimetrales, de donde se deduce –con ciertas dificultades– su forma, pero no facilitan dato alguno sobre las alturas de los elementos arquitectónicos que nos puedan ayudar a concretar sus alzados y secciones. Por ello, hemos tomado referencias de otros conjuntos arquitectónicos de similares características y de la misma época. También se ha analizado con detalle la cartografía histórica, no exenta a veces de errores o de visiones más poéticas que fieles reflejos de una realidad.

Teniendo claro, además, que las construcciones medievales están basadas en sencillos principios de estandarización y economía de medios, muchas veces una sola pieza o sillar nos está prefigurando la imagen completa, como puede ser el caso de las dovelas de una bóveda de crucería. Con toda esta información, muchas veces implícita, se ha procurado plasmar una realidad histórica lo más veraz posible sin caer en las falsas reconstrucciones. No obstante, no se ha



descartado el dibujo basado en hipótesis, sobre todo de aquellos elementos de los que no se dispone de datos suficientes y sin embargo se puede conjeturar alguna solución plausible. Este ha sido el caso, por ejemplo, de la portada conopial, que teniendo clara su forma y definición

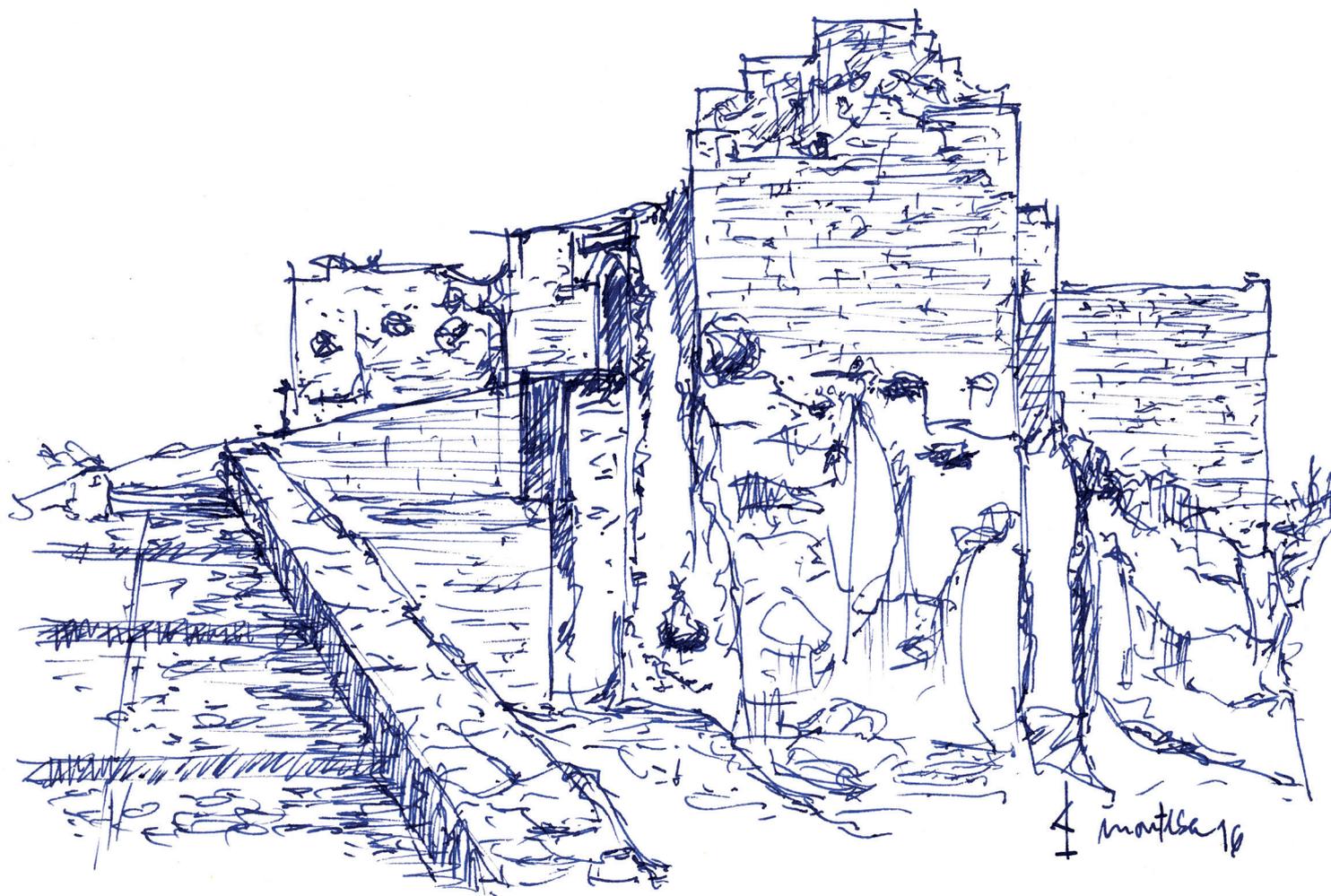
hemos supuesto su emplazamiento de forma razonada en la sala capitular.

Por otra parte, casi por necesidad vital del empleo del dibujo tradicional, rompiendo con el artificio que suponen los dibujos técnicos plasmados por ordenador, se han elaborado una serie de ilustraciones a mano alzada con lápiz o tinta, a veces con toques de acuarela, donde la precisión es lo de menos, buscando más el ambiente y la vida de religiosos y caballeros en el castillo-convento que otra cosa. También se han realizado bocetos sueltos como técnica de estudio y preparación de las distintas soluciones que se han podido ir concretando.

Siguiendo con el plano ilustrativo, se ha realizado un reportaje fotográfico de los distintos lugares donde todavía quedan elementos artísticos, arquitectónicos, restos arqueológicos, vestigios o huellas del castillo-convento de Montesa. En primer término se ha documentado la propia fortaleza, bajo todos los puntos de vista. También en Montesa, en su Museo Parroquial, se han fotografiado los elementos artísticos y arquitectónicos de

interés. En la ciudad de Valencia, en la iglesia y exteriores del nuevo convento de la Orden –el Temple– hemos documentado los escudos, esculturas y obras artísticas que llegaron desde Montesa en el siglo XVIII. En el Palau de la Generalitat nuestro interés se ha centrado en la portada de los aposentos del maestre frey Francesc Llançol de Romani. El Museo de la catedral de Valencia ha permitido que documentemos el material artístico que tiene en depósito.

A todas estas fotografías se han sumado las procedentes de varias instituciones y archivos: el Archivo Geográfico del Ejército, que facilitó la cartografía del siglo XVIII; el Museo del Prado de Madrid, que conserva la tabla central del retablo de la capilla de N^a S^a de Gracia del castillo; el Arzobispado de Valencia, donde se encuentra gran parte del retablo anterior; o el Archivo Histórico Nacional, que además de gran parte del archivo de la Orden, custodia una docena de cantorales, algunos de ellos antaño utilizados por los freiles en Montesa.



Pocos pueden imaginar la grandeza y fastuosidad de los espacios y dependencias del castillo de Montesa. Desde el exterior uno percibe una fortaleza sólida y austera sin apenas lujo, y así se supone que fueron algunas de las estancias, sobre todo las relacionadas con el recinto militar. Pero existieron aposentos en el área religiosa donde no se escatimó ostentación y boato. En el plano arquitectónico se estuvo a la última en todas las tendencias posibles en cada época.

Se puede decir que la arquitectura del castillo siguió en principio las pautas prácticas de la arquitectura militar, realmente es una fortaleza, pero su interior fue atesorando obras de una considerable calidad que seguían las corrientes artísticas del momento. Así es como su claustro se erigió con una técnica y factura similar a los de las grandes órdenes religiosas, sin tener nada que envidiar. La iglesia, a pesar de su sencillez constructiva, según los relatos de muchos de los cronistas, mostraba todo el esplendor de las capillas conventuales. La sala capitular no distaba mucho de otras de tipo

cúbico, sin columnas interiores, como la de Santo Domingo de Xàtiva.

Las manifestaciones tardogóticas, que se expresaban con portadas conopiales engalanadas con cardinas y macollas crucíferas, eran de similar factura a las construidas en el convento de la Trinidad o posteriormente en la lonja de Valencia. Las tallas en yeso, con motivos *al romano*, decoraban los techos y bóvedas de las salas de mayor prestancia, tan en boga en los edificios más emblemáticos del Reino. Y, por último, no podemos olvidar la portada labrada al más puro estilo del *renacimiento valenciano*, a la que no le falta ningún elemento decorativo del mundo clásico, la del maestro Llançol de Romaní, hoy en el Palau de la Generalitat.

Toda esta secuencia de obras, góticas, tardogóticas y renacentistas, que nacen en el siglo XIV y acaban entrando el siglo XVI, ponen de manifiesto la preocupación de los distintos maestros de la Orden por convertir el castillo-convento de Montesa en todo un crisol de su afirmación artística.



El estudio que ahora presentamos se ha organizado en tres grandes apartados. En primer lugar se ofrece una breve aproximación histórica a Montesa, para pasar inmediatamente a la Orden del mismo nombre y en particular a los que habitaron el castillo-convento hasta su destrucción en 1748. Después, las vicisitudes del edificio tras el terremoto y la lenta recuperación y consolidación de sus ruinas.

La segunda parte se centra en la arquitectura, tratando de vislumbrar lo que en pleno apogeo fue el recinto fortificado, llegando hasta donde nos ha permitido la huella sobre el terreno, las reconstrucciones virtuales basadas en los vestigios encontrados y las fuentes documentales estudiadas. No obstante, debemos reconocer que no todo se ha podido documentar de forma fidedigna y, por consiguiente, existen lagunas deliberadas de las que somos conscientes. De todos modos se han documentado de manera plausible las partes más importantes del convento: el claustro, la sala capitular y la iglesia; también se ha

podido determinar la funcionalidad en planta del recinto en el siglo XVIII.

Por último, el tercer bloque incluye un catálogo razonado donde se ha procurado reunir cuantas obras artísticas y elementos arquitectónicos están esparcidos por diferentes lugares, museos e instituciones. Creemos que es una oportunidad única para poder apreciar la enorme riqueza artística que poseía la Orden de Montesa en su casa capital.

En definitiva, se ha elaborado una monografía que muestra con sencillez, pero sin perder cierta erudición, la historia del castillo-convento y con ello, también, la de la propia orden militar valenciana, única en el Reino. Historia y arquitectura basadas en documentos, fuentes bibliográficas y en los propios restos arqueológicos y artísticos que todavía se conservan dispersos por el castillo y otros lugares de nuestra geografía.





I. HISTORIA

I.01 | BREVE HISTORIA DE MONTESA

La villa de Montesa está situada en la vertiente norte del valle de su nombre, en la comarca valenciana de La Costera. A 293 m de altitud, con una población de 1.227 habitantes (INE, padrón municipal a 1-I-2016) y un término municipal de 48,1 km², limita con L'Alcúdia de Crespins, Canals, Xàtiva y Vallada, también en La Costera; y con Aielo de Malferit y Enguera, que pertenecen a las comarcas de La Vall d'Albaida y La Canal de Navarrés respectivamente.

Desde el punto de vista económico, Montesa sigue dependiendo en gran parte de la agricultura, mientras otros vecinos trabajan en las pocas fábricas o talleres que todavía subsisten en las localidades limítrofes de Vallada o Canals.

I.01 | 1
*Vista de Montesa desde el castillo-
convento*



I.01 1

I.01
2



I.01 | 2
*Lápida romana con la inscripción
CLODIA PERPETUA*

El pueblo está edificado sobre la pendiente que sube hacia el castillo, adaptándose sus calles, estrechas y empinadas, a las curvas de nivel. La parte antigua comprende desde la calle de *Sant Vicent* hasta las más cercanas al castillo, cuya nomenclatura recuerda las devociones más populares del santoral valenciano: *sant Vicent*, *sant Josep*, *sant Sebastià*, *santa Bàrbara*, *sant Miquel*, *sant Francesc*...

Durante la segunda mitad del siglo XX fue construyéndose la parte más moderna de Montesa, formada por una serie de calles que convergen en el antiguo camino de la estación del ferrocarril –hoy avenida de Silverio Perfecto Sanz Navarro–.

Montesa cuenta con vestigios de ocupación humana desde la prehistoria, pasando después por los distintos periodos históricos hasta el día de hoy. La mayoría de restos arqueológicos se ha encontrado de forma casual. Uno de los más significativos fue el hallazgo, hacia 1979, de una lápida romana con la inscripción CLODIA PERPETUA.

A partir de finales del siglo XX y en particular tras la declaración previa del entorno de protección del castillo de Montesa en 1999, se realizaron algunas prospecciones y excavaciones en el casco urbano, que localizaron una necrópolis islámica en la plaza de la Casa de la Cultura, diversas tumbas de época bajo-medieval en la plaça de la Vila y parte del antiguo *fossar* en la calle Santa Bàrbara, frente a la puerta lateral de la iglesia.

Respecto de la Montesa islámica y su castillo, tal vez la referencia más antigua es la recogida a finales del siglo XVIII por el arzobispo Fabián y Fuero, cuyo texto dice así:

“A el castillo de Montesa se retiró por los años de novecientos y treinta el moro Isaco Ben Abraham Ben Sakhr Alocayli, consejero del rey Mahomet, porque temía el poder de su contrario Ben Apsuni que le perseguía; el mismo Isaco havia fortalecido el castillo y en tiempo de el rey Abdrahmano tercero de este nombre fue llamado a Córdoba, en donde murió por los años novecientos treinta y cinco”.

Después, el arabista Pierre Guichard cita el *hisn* o castillo de Montesa a partir del texto árabe *Hullat al-Siyara* del geógrafo del siglo XIII Ibn al Abbar.

Más adelante, el caíd del castillo de Xàtiva Abû Bakr Banu Isa hubo de negociar con el rey Jaime I la entrega del castillo de aquella ciudad. En compensación, el rey le ofreció los castillos de Montesa y Vallada, por lo que a finales de enero de 1248, el caíd y su familia se trasladaron a Montesa, donde permanecieron hasta septiembre de 1277, cuando la villa y su castillo fueron conquistados por Pere el Gran.

En 1288 se promulgó una carta puebla para repoblar la zona con musulmanes “universis sarracenis de Muntesia [...] quod vos veniatis et populemini in loco predicto de Muntesia”, pero, por circunstancias que desconocemos, el proyecto acabó en fracaso. La carta puebla definitiva, promulgada por Alfons I de Valencia para 120 familias de cristianos procedentes de Catalunya, Aragón, Navarra y el sur de Francia –entre otras partes–, se firmó el 16 de octubre de 1289. Tres

1.01
3



años más tarde, con la finalidad –suponemos– de consolidar la repoblación de la zona, Jaime II concedió a Montesa la facultad de poder celebrar mercado todos los lunes. Sin embargo, poco duraría su condición de realengo, pues en 1319 el mismo rey, al crear la Orden de Santa María de Montesa, la cedió a la nueva orden con la finalidad de que en el castillo de la villa se construyese el sacro convento, donde, en efecto, residieron los religiosos y algunos caballeros hasta la ruina del edificio por los terremotos del siglo XVIII.

Durante la Edad Media el casco urbano de Montesa tal vez no llegase a sobrepasar la actual calle Sant Roc, pues la línea de edificios que configuran la actual Casa Abadía y la casa nº 2 de la calle Sant Miquel –con ventanas renacentistas decoradas en yeso– denotan una cronología de la primera mitad del siglo XVI. Contaría entonces con una iglesia parroquial de arcos diafragma y cubierta de madera, que fue prácticamente destruida por un incendio en 1479. Tres años más tarde, según había dispuesto en su testamento frey Lluís Despuig,

maestre de la Orden de Montesa, se encargó un retablo para el templo parroquial, tal vez reedificado ya, para el cual buscaron los servicios del famoso pintor italiano Paolo de San Leocadio, el mismo que poco antes había pintado los ángeles músicos del presbiterio de la catedral de Valencia. Algo después, en 1490, se consiguieron indulgencias para ayudar a sufragar la construcción de una capilla y un retablo bajo la advocación de la Virgen del Rosario, pues los que tuvo antes la iglesia habían sido destruidos por el incendio. El templo debió tener una orientación este-oeste, con el altar mayor hacia el este, entrada lateral y cementerio o *fossar* junto a la cabecera, lo que explica el hallazgo, en 2001, de una fosa con un esqueleto humano, del siglo XIV, en la actual Plaça de la Vila, frente a la puerta principal de la actual iglesia.

El siglo XVI fue una etapa de crecimiento, tanto urbano como demográfico. Si en 1510 residían en la villa 92 familias, a finales de siglo, en 1584, llegaban a las 249. Los medios de producción, como lo habían sido siempre, continuaban basados en la tierra y las labores agrícolas.

I.01 | 3
Plaça de la Vila de Montesa hacia la calle Sant Miquel

I.01
4



I.01 | 4
Panorámica de la Plaça de la Vila de
Montesa

El cronista Viciana, a mediados del siglo XVI, describía los términos de Montesa y la vecina Vallada –independiente de Montesa desde 1547– así:

“Son términos de muchas labranças y plantados de muchos árboles y en ellos se cogen trigos, cevadas y otros frutos, y de los árboles más de quatro mil libras

de seda y quarenta cinco mil arrobas de azeite, y cient cincuenta mil arrovas de garrovas, y mucha grana por los montes, y miel y cera, mucha y muy buena, por tener buenos pastos de flores para las abejas”.



El crecimiento demográfico del siglo XVI lo sería también económico, pues contamos con testimonios de cierta bonanza. Entre 1584 y 1589 se llevaron a cabo importantes obras para ampliar la iglesia parroquial y probablemente fue en ese momento cuando se construyó la actual torre campanario. Además se

levantaron dos ermitas –Sant Sebastià i la Santa Creu–, se construyó la actual Casa Abadía (hubo, no obstante, una anterior, que consta cuando el incendio de la iglesia de 1479) y se dotaron aquellos espacios de culto con importantes elementos: los retablos de Sant Sebastià y les Ànimes, hoy conservados, y un

I.01
5



I.01 | 5
Iglesia parroquial de Montesa

órgano que en 1596 ejecutó el organero Agustí Comalada. Poco más tarde, a principios del XVII, se edificaba la actual Casa de la Vila, al tiempo que un orfebre, en 1605, dotaba de maza de ceremonial el *Consell* local.

El paisaje del siglo XVII sería prácticamente el mismo. Según el cronista Gaspar Escolano: “Su vega y campo, que se estien- de hasta la ribera del río Setabis o Xàtiva, rinde en abundancia, fuera de los panes, azeyte, seda, algarrovas, grana y miel”.

No obstante, con el siglo, empezó la regresión demográfica y, supuestamente, también económica: de 219 familias recogidas en los listados del impuesto del morabatí de 1601 se pasó a 170 en 1638, y 108 en 1644, probablemente debido a los brotes de peste que afectaron la zona en la época y a la coyuntura general de crisis económica. Solo a partir del último tercio del siglo XVII podemos hablar de cierta recuperación demográfica y, suponemos, también económica: es el momento justo, durante los años 1693-1702, en que se construyó la actual iglesia parroquial.

Para seguir leyendo haga click aquí